

PARECE evidente que el *Mundo del Libro*, es decir, la comunidad de agentes e instrumentos que hacen posible la producción y difusión del saber escrito, es una dimensión que interactúa con el *Libro del Mundo*, aquella otra parte de la realidad en la que habitamos y nos desenvolvemos, según la conocida metáfora escolástica que no hace mucho rescataba François Lopez (en Álvarez Barrientos, 1995: 64). En efecto, somos lo que aprendemos o leemos, pero no es menos verdad que los cambios producidos en nuestro entorno vital configuran a su vez, desde múltiples perspectivas, el perfil y la salud del *Mundo del Libro*, la estructura editorial de cada época.

Dicha interacción es especialmente evidente en un tiempo como el nuestro, en el que vivimos cam-

bios culturales y tecnológicos cada vez más acelerados; tiempo de crisis en el sentido primario de la palabra, de unas proporciones como quizás no se recuerdan desde la aparición de la imprenta hace ya más de medio milenio. Y entonces como ahora, de la capacidad de los agentes culturales para adaptar, innovar y tomar las decisiones adecuadas, dependerá en buena medida el futuro de ese equilibrio entre *Mundo y Libro*.

Hay muchos interrogantes ahora mismo en el aire. ¿Hasta qué punto sobrevivirá el papel impreso en la era del digital? ¿Deben los gobiernos encargarse de la puesta a disposición del público de los contenidos científicos en los nuevos soportes o eso es cosa de los editores privados? ¿De qué manera puede la ley armonizar una difusión razonablemente libre del conocimiento con la propiedad de los derechos de explotación y la protección de los derechos morales de la creación intelectual? ¿Se financiarán los nuevos soportes por pago de los contenidos o por publicidad? ¿Cómo se puede garantizar que el flujo de conocimiento estará siempre disponible a los lectores interesados? O, si me permiten expresarlo de forma más dramática, ¿es real-

mente posible que se materialice el mal sueño orwelliano, un *Ministerio de la Verdad*?

La respuesta a estas cuestiones exige sabiduría, creatividad y suerte. Y como no existen recetas fiables a fecha de hoy, lo que aquí se propone como fuente de inspiración es bucear en el pasado y observar cómo los ciudadanos del *Mundo del Libro* afrontaron, y hasta qué punto supieron superar, las crisis que surgieron en su propio tiempo. En concreto, esta exposición se centra en una época de cambios importantes: el tránsito del Antiguo Régimen (Antiguo Régimen político, pero también económico y *tipográfico*) a la modernidad, es decir, el marco en el que nos desenvolvemos, o nos hemos desenvuelto hasta hace poquísimo tiempo. Para ello, me ocuparé de lo que ocurrió entonces en España, el núcleo original de una comunidad que hoy alcanza los quinientos millones de hablantes y cuya industria editorial se sitúa año tras año en uno de los primeros puestos del mundo. También dedicaré especial atención a Madrid, que por su centralidad y relevancia editorial es el escenario que he tratado de estudiar un poco mejor.